

HERALDO DE MADRID

AÑO XXVII.—NUM. 9.486

Redacción y Administración, Colegiata, 7.

Lunes 20 de noviembre de 1916.

No se devuelven los originales.

CUATRO EDICIONES

FRANCIA Y LA GUERRA.

Jornadas espartanas.

La patria es insaciable. En sus horas de angustia nos exige todo: la sangre joven, el dinero, que no envejece; el trabajo y el tiempo. De renunciación en renunciación nos lleva hasta la desnudez. Perezca el individuo y salvase la colectividad; inmolemos el presente al porvenir. Esto no es privativo de un país; es de todos. Mientras los hombres aprisionen sus idealismos entre fronteras; mientras un grupo étnico, una raza, una corriente civilizadora o un idioma se esfuerzen por dominar en el mundo, como lo ocurre a Alemania, o por subsistir con honor, como lo sucede a Francia, la soberanía del individuo será tan nominal y deleznable como suele ser la lealtad entre los amigos. ¿Cómo se somete el hombre a esta dejación de sus derechos vitales, los más arraigados en su naturaleza, puesto que parten del instinto? ¿Cómo se resigna al abandono de su hogar, a la cesión de su dinero, a padecer mil privaciones y a morir por una palabra, por un concepto abstracto que se volatiliza en cuanto lo analizamos en frío? Es incomprendible; pero es una realidad.

Dónde están, dónde se esconden el internacionalismo y el humanitarismo, que se hacen la orgullosa ilusión de fundir a todos los seres de la Tierra en un solo amor? Esas doctrinas tan dulces, tan pías, tan consoladoras, que han estipulado más de un armisticio entre la moral cristiana y la moral laica en el transcurso de la Historia, son impotentes hoy, no ya para desarmar a los pueblos, sino para disminuir su furia homicida y destructiva. ¿No estamos viendo cómo poco a poco todas las energías espirituales y materiales son arrastradas por el turbión de la guerra? Primeramente se les pide a los hombres la sangre; luego, el dinero, y por último, el escaso bien que pudiera quedarles a sus familias. De hoy más, el combatiente sabe que sus sufrimientos tienen una repercusión moral y una continuidad material en su hogar.

El lote de infarto se extiende a toda la familia. El pan está tascado; la luz, medida, y el placer, sometido a los eventuales regateos de una fuerza impersonal e invisible que ha asumido la responsabilidad de salvar a la patria. Se anuncian para Francia, como para todos los países, incluyos los neutrales, días muy duros. El postulado moral impuesto a todos por la vía coercitiva es éste: el sacrificio del presente al porvenir. Nadie puede quedar exento de la pesadumbre que nos ha condonado el Destino. París, que iba recobrando su encantadora fisonomía normal, vuelve a ensombrecerse. Todo está limitado y condicionado, desde la libertad de pensamiento hasta la alegría, pasando por el pan. Un cuadrante misterioso, que ni siquiera habían previsto los geógrafos, nos ha deparado un aire que viene hendido de pensamientos austeros, y ese aire es el que respiramos todos. ¿Quién protesta? ¿Quién se queja? Nadie. Una sola pasión domina las almas, acallla los egoísmos y seduce a las voluntades: la pasión de vencer.

Francia, este pueblo inteligente y valiente, que ha enseñado a vivir al mundo, que ha descubierto matices nue-

vos en el paladar y en el olfato y vibraciones inéditas en la medula espinal del hombre; la Francia de los ideólogos y de los demoledores, de los escepticos y de los revolucionarios, acepta todos los sacrificios y pasa por todas las pruebas sin hacer un gesto de rebeldía. ¿Dónde están, dónde se esconden los socialistas, los sindicalistas, los anarquistas, los doctrinarios del pacifismo y de la confraternidad internacional? Están repartidos entre las trincheras y las fábricas de municiones, ocupados en dar la muerte y en la preparación de los instrumentos que la apresuran: obuses, balas, cañones, pólvoras, gases inflamables y líquidos corrosivos.

No es posible abrir un periódico que no esté por entero aplicado a engrandecer el sentimiento de patria, y a estimular el valor que mata y el heroísmo que muere. No es posible asomarse a una librería sin que nos soliciten los volúmenes que han inspirado Martí.

Los filósofos no se preocupan ya del mejoramiento de la Humanidad, sino de fundamentar solemnemente la inferioridad ética, moral y cultural del pueblo adversario. La ironía no se clava en la carne innombrada de los hombres, sino en una bandera. El artista no pasea su mirada escrutadora por el mundo; la fija en una región del mapa. No hay lucidez en el conocimiento, ni equidad en el juicio, ni justicia en la aspiración. No hay mas que el frenesi de matar y la voluntad de morir por un concepto abstracto, transmitido de generación en generación, legado de los muertos a los vivos, por una palabra que tiene, como un talismán, la virtud de mover y galvanizar todas las reconditas energías de nuestro espíritu: la palabra patria. ¡Absurdo! ¡Monstruoso! ¡Oh, no! Evitemos los análisis críticos y las definiciones filosóficas, porque los unos y las otras serían intempestivas. Esta locura de los pueblos es una demencia sagrada.

Los que pelean por sacar triunfante una ambición, como los que luchan por sacar ileso el honor, nos ofrecen un noble ejemplo de desinterés ante el cual hay que descubrirse con respeto. No se puede asistir a ese magnífico drama con prejuicios mentales, sea de la naturaleza que sean, mas que en silencio. Yo creo que el patriotismo sea privativo de un pueblo; lo que sostengo es que la actitud estoica de Francia me parece sublime. Los primeros desconcertados de esa actitud, en la que hay tanta resolución como modestia, son sus adversarios. ¿No lo ha dicho con su habitual independencia Max Hadden? Lo extemporáneo, lo intolerable, es la ironía grosera de los neutrales, caiga del lado que caiga, y su orgullosa pretensión de afrontar la batalla de Douaumont, al ser conducido a una ambulancia del frente.

Las figuras del retablo.

El filósofo Boutroux.

Boutroux, el maestro de varias generaciones de pensadores y filósofos franceses, ha pronunciado admirables palabras de homenaje para el autor del Quijote.

Este poema—ha dicho el conductor intelectual de Bergson—empieza por una sátira relativa a un país y a un tiempo determinados. Pero poco a poco se convierte en un drama universal y humano, cuyos personajes son el azar y el error con los nombres de Don Quijote y Sancho.

Y vemos a cada uno de estos formarse, elevarse, crecer, penetrar en la naturaleza del otro, de suerte que pronto el idealismo, la generosidad y el impulso caballeresco dejan de aparecer como ridícula utopía y son la forma excesiva de la vida humana, porque el ideal no desprecia lo real, sino que se une a lo real armoniosamente.

En el Quijote se expone la miseria, la vejez y la muerte, nos asombran los numerosos vecinos y amigos de más allá del Pirineo, y enviamos el homenaje de nuestra simpatía así como nuestros votos por su prosperidad, a la noble nación, que conserva pliadamente sus grandes tradiciones de honor y de generosidad.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo, que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosofía de las especulaciones de Boutroux fué de Leopoldo Alas.

Claro subió una noche a la cátedra del Ateneo. Nosotros oprimimos un ligero aplauso a la puerta. Estábamos al lado de un viejo,

que sacó una carta, unas encartillas y un lápiz, y se dispuso a tomar apuntes como un colegial. «Claro» empezó su primera lección de filosofía. Al oír las palabras iniciales, el viejorro hizo un gesto de sorpresa y asombro de disgusto. El maestro disertante le dedicaba sus conferencias, porque aquel señor que iba a aprender de Leopoldo Alas se llamaba D. Francisco Giner y era la personificación de la modestia, además de todo lo otro. Pues entonces fué cuando Boutroux vió divulgado su nombre en España por los periódicos que dieron cuenta de las lecciones del crítico sabio. Y ese mismo Boutroux es el que ahora nos saluda a nosotros los españoles como plácidos guardianes de nuestras venerandas tradiciones.

La obra de Boutroux había sido ofrecida a la intelectualidad española hace muchos años por un pensador insigne en memorables conferencias del Ateneo de Madrid.

El entendimiento que más pronto advirtió la transversalidad para la renovación de la filosof